

A C A N T I L A D O

Manuel Arroyo-Stephens
Mexicana



MANUEL ARROYO-STEPHENS

MEXICANA



ACANTILADO
BARCELONA 2021

CONTENIDO

Siempre salgo de casa
La gente comenzó a llegar al velatorio
Era de noche ese día
Delante de mi casa
Han pasado pocas horas

A Carlos Monsiváis, in memoriam.

A Carlos González Manterola.

SIEMPRE SALGO DE CASA

Siempre salgo de casa con un tomo de Valle-Inclán bajo el brazo, por si me hace esperar algún pendejo. Fue lo primero que dijo Castañeda cuando se sentó, luego de alargar un brazo rígido por encima de la mesa, para estrechar mi mano mientras me miraba con ojos penetrantes, intensos y negros, sin presentarme a la mujer que lo acompañaba. Yo había llegado puntual a la cita, pero llevaban esperando un rato. Lo pensé al ver las copas vacías en la mesa y sus caras de aburridos. Castañeda apoyó en el borde de la mesa el tomo de Valle que llevaba recostado contra el pecho, como si fuese a darle de mamar, una edición de los años cincuenta encuadernada en piel roja, con dorados y arabescos, se volteó y llamó al camarero. ¡Joven!, atiende al señor, por favor, gritó sin dejar de mirarme a los ojos. Había tres camareros delante de una pared cubierta de buganvillas que colgaban de los cuatro muros del patio. Platicaban en voz baja y con aire distraído sobre algo que no parecía serles de gran interés. Uno de ellos se despegó del grupo y se acercó sin prisa a nuestra mesa. Le pedí un café, murmuró un «cómo no, señor», y se fue hacia el interior del local caminando sin prisa.

La acompañante de Castañeda tenía la piel de color ceniza y una sola ceja, espesa en el centro y afilada en las puntas. Erguida y callada en su silla, peinaba una trenza recogida en forma de moño, vestía traje de tehuana y me miraba muy seria. Era una copia viva de Frida Kahlo. Castañeda llevaba un blusón de mezclilla gris oscuro, el pelo cortado al rape y la barba crecida. Tenía mirada de loco, intensa y fija, de ojos negros. Entre las piernas sostenía un bastón de ébano con empuñadura de plata y en el dedo corazón de la mano derecha lucía un camafeo con una calavera enorme, también de plata. Me había citado en ese café el día anterior para que le entregara unos libros que un amigo común en Madrid me había pedido que le diera en persona. Es un buen pintor, me dijo mi amigo; un poco atrabiliario, pero muy divertido. Tienes que tener cuidado con él si no le caes bien, añadió; en ese caso lo mejor es que te vayas de la cita cuanto antes y no lo vuelvas a ver. Castañeda se puso a mirar los libros con atención, pasando las páginas muy despacio. Al cabo de un rato levantó la

cabeza y me miró, esbozando una sonrisa. Muchas gracias, dijo sin quitarme los ojos de encima, con una sonrisa forzada y una mirada que en las novelas llaman penetrante. No creo que él supiera mirar de otra manera. Incliné la cabeza en señal de reconocimiento y por un instante le sostuve la mirada. Lo amansan los libros, pensé.

Tres días antes había viajado al DF para asistir a una feria del libro en el palacio de Minería. Las calles, los edificios y el color de la gente, el olor dulzón a papaya y mango que se percibía en cuanto entrabas en un local me resultaban fascinantes. En realidad, no sabía si me gustaban o no; me mareaban un poco y me atraían al mismo tiempo. Como todo en México. Tenía una habitación en la última planta del hotel Montejo, en el paseo de la Reforma, un hotel que decían daba suerte a los españoles. En la terraza del último piso había un restaurante famoso por sus margaritas. En mi cuarto de baño corrían numerosas y enormes cucarachas de patas largas y color castaño claro, relucientes como si les hubieran dado una mano de barniz. Después de encender la luz esperaba a que desaparecieran a todo correr debajo de la cama, por las rendijas de los bordes de la pared, por las ranuras de la ducha y de la taza. Lo hacían como si las hubiesen sorprendido cometiendo una travesura, no precisamente por primera vez. Acostumbradas a las interrupciones de los clientes, tampoco parecía entre ellas cundir el pánico, y a la tercera o cuarta vez que las espanté con sólo mi presencia tuve la sensación de que estaban jugando conmigo. No me pareció nunca, no sé si por la habilidad y rapidez con que desaparecían, o por la buena disposición en la que me ponían las margaritas, que mis compañeras de cuarto tuvieran malas intenciones, mucho menos que fueran peligrosas. Mientras tomaba mis margaritas en la terraza pensaba en ellas. Al tercer o cuarto trago concluía que eran parte del encanto del hotel. Se me antojaba que tenían un aire prehispánico, aunque se movían con una premura que no vi nunca en México. Tal vez antes de la colonia constituían un plato exquisito, como los famosos chapulines que todavía no había conseguido probar. A partir del cuarto día de estancia en el Montejo las habría echado de menos si no me estuvieran esperando detrás de la puerta. De hecho, había empezado a jugar con ellas, encendiendo y apagando la luz desde el quicio de la puerta, mirándolas correr mientras les hablaba como si fuesen ya viejas compañeras de habitación.

Desde el taxi que me llevaba a la cita con Castañeda vi un cartel inmenso en la fachada de un edificio que anunciaba Modelo, «la cerveza de barril

embotellada». Pregunté al taxista, que manejaba con un aire al mismo tiempo concentrado y ausente, cómo podía ser eso, que fuese una cerveza a la vez de barril y embotellada. Pues es lo mismo, mi estimado, me dijo con el tono cansado del que tiene que explicar muchas veces las mismas cosas; es lo mismo, señor, sólo que es distinto, añadió. México es el país donde todo es lo mismo, sólo que es distinto, me quedé pensando. Nos estábamos acercando a nuestro destino, en la avenida Revolución, cuando delante de nosotros un coche atropelló a un peatón, que quedó tendido en la calzada. Los coches lo esquivaban como podían. ¿No para?, le grité al taxista. No hay caso, mi estimado, contestó con el mismo tono imperturbable de antes. Lo que necesita ese cuate es una ambulancia, señor, añadió, como quien constata algo evidente. Miré por la ventanilla trasera y allí seguía el cuate boca abajo, los coches evitándolo sin frenar ni detenerse, como si fuera un obstáculo en una feria de coches de choque.

Te he traído también este regalo personal, le dije a Castañeda, alargándole por encima de la mesa un libro que llevaba en el bolsillo. Lo agarró con ansiedad y se puso a mirarlo desde muy cerca, como si temiese que alguien se lo fuera a quitar de las manos. Al rato me clavó de nuevo su mirada y exclamó en tono airado, como si me estuviese acusando de algo: ¡Joaquín Vidal! ¡Es el mejor escritor de España! Yo colecciono sus críticas de *El País*, algunas las sé de memoria. Como el niño que ha ensayado para una función, miró hacia el techo y recitó: El cielo es negro, la arena es negra, negros son los toros que salen de los corrales y los paraguas que abren los espectadores que llenan los tendidos cuando caen las primeras gotas. Se volteó hacia mí y aclaró: Es la crónica de una corrida en Bilbao. Conozco esa plaza muy bien, le dije, he visto allí muchas corridas. Como si no me hubiese oído, siguió: ¿Tú conoces a Joaquín Vidal? Claro que sí, es amigo, por eso lo edité. Y me parece muy bueno este libro, añadí. Mis palabras sonaban como si tuviera que disculparme por haberlo publicado. ¡Pues cuando vaya a España me lo tienes que presentar!, volvió a gritar Castañeda. No pensó en darme la opción de que se me ocurriese a mí la idea de presentárselo. Joaquín estará encantado de conocerte, le dije con la intención de tranquilizarlo un poco. ¡Yo soy compadre de Manolo Martínez!, tronó de nuevo, desafiante. Yo no sabía quién era Manolo Martínez. Enhorabuena, murmuré. ¡Es el torero más grande que ha dado México desde Procuna!, me aclaró por si yo lo dudaba. Nunca se me hubiese ocurrido dudarlo. ¿Tú sabes cuál es la diferencia entre un toro español y uno mexicano?,